

LA VICTORIA PERDIDA

DAVID SAÑUDO

LA VICTORIA PERDIDA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: octubre de 2021

© David Sañudo, 2020
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6346-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 14839-2021

Impreso en España

A mi abuela y a mis hijos

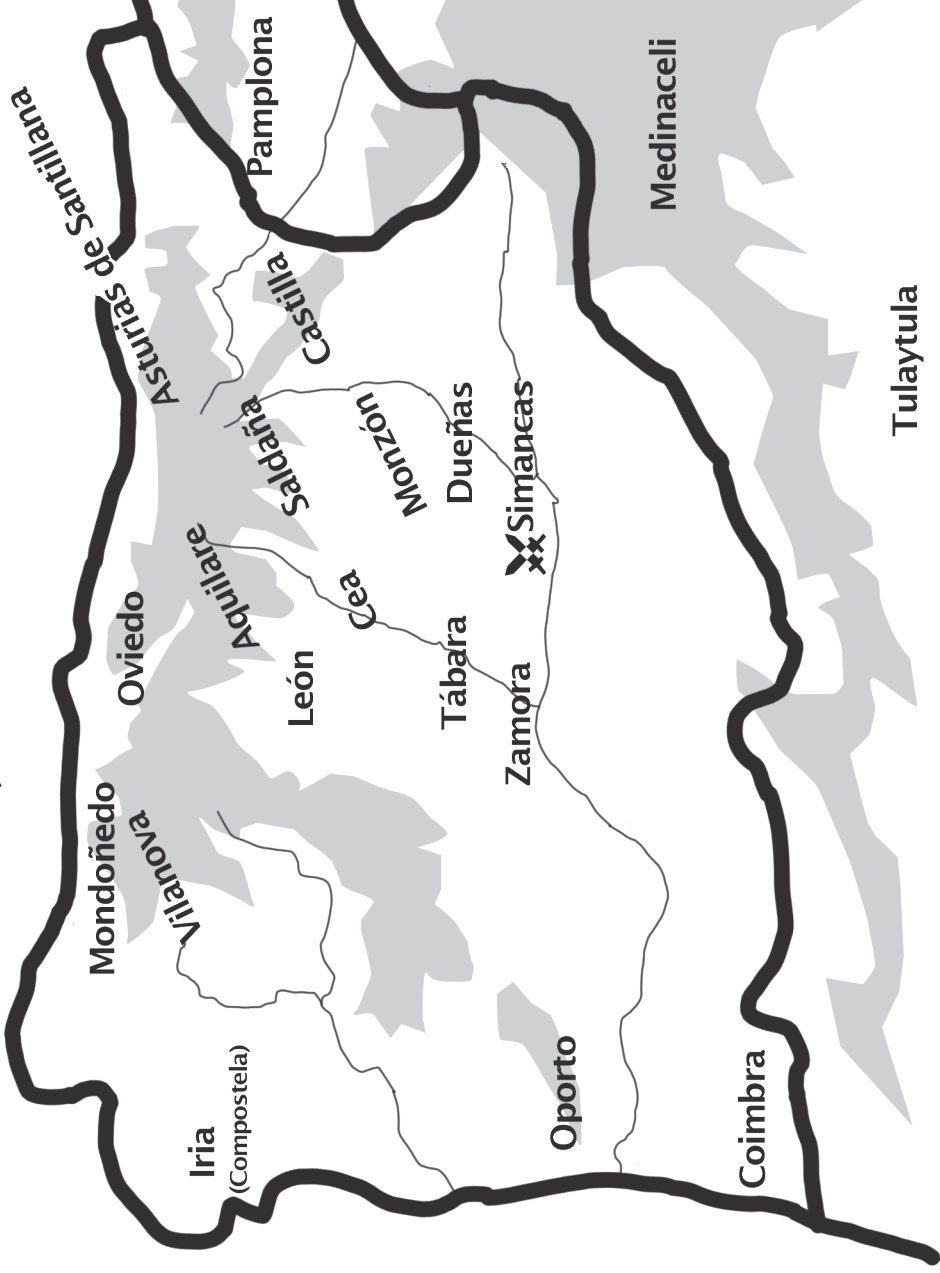
«Como la vida real es lo que es,
un hombre necesita soñar»,

Los Héroes, Joe Abercrombie

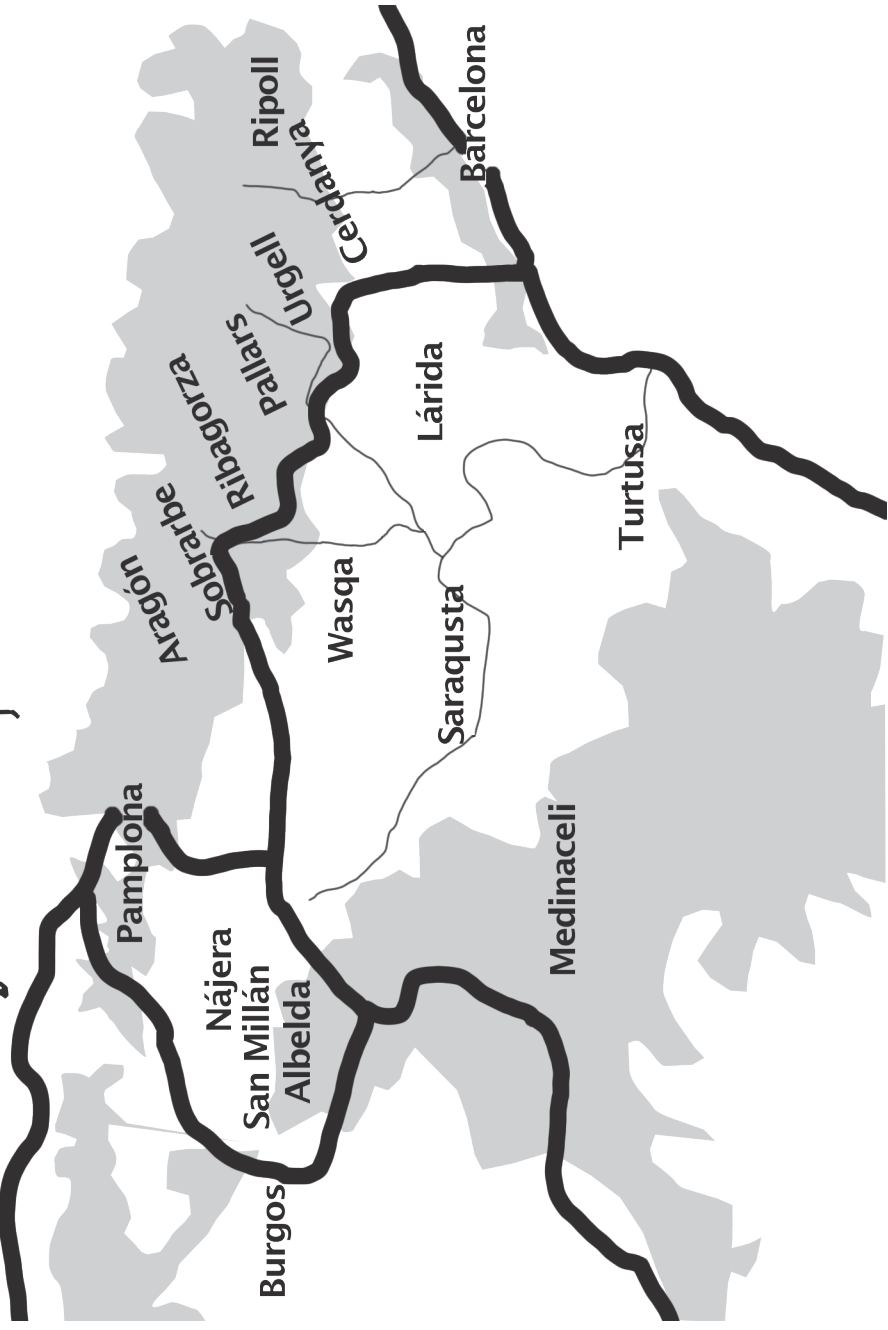
«Cuando los mil años se cumplan,
Satanás será liberado de su prisión
y engañará a las gentes sobre
los cuatro ángulos del mundo»,

Apocalipsis, 20, 7-8

Reino de León



reino de Navarra e condados de la maruca



Capítulo 1

Verano, A. D. 939

Al principio Alvar no se da cuenta, pues surge como un murmullo entre las tropas vasconas del rey de Pamplona. El joven, aún medio dormido a esta temprana hora, sigue concentrado en ajustar las cinchas de su caballo y es el primer grito el que lo hace volverse. Entonces se encuentra con que la locura se ha instalado en el ejército cristiano que empezaba a despertarse. Ve hombres que lloran arrodillados, otros se revuelcan, mesándose con furia las barbas y cabellos, pero la mayoría sólo apunta con sus manos al cielo y grita. Cuando sigue con su mirada esa misma dirección se tiene que cubrir los ojos para no quedar cegado, y alarmado advierte que el sol de la mañana ha perdido un trozo en la parte derecha.

Ya hay grupos de soldados y animales que, por igual, han perdido la cordura, corriendo sin control entre las tiendas. Algunos tropiezan con los vientos y ruedan por el suelo mientras las estructuras caen; varios pabellones se han prendido con el fuego de las hogueras. Todo se llena de humo. El sol sigue desapareciendo y la mañana se convierte en un nuevo atardecer mientras decenas de milites se han unido y siguen a un presbítero que encabeza una procesión. Es un tipejo enjuto que anda descalzo, con una sotana raída y sucia. Sosteniendo en lo alto una sencilla cruz de madera, recita a gritos:

—Y el cuarto ángel tocó la trompeta y fue herida la tercera parte del sol y la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, y se oscureció la tercera parte de ellos y no había luz en la tercera parte del día ni en la tercera parte de la noche.

En el campamento la humareda de los incendios y del incienso hace el aire irrespirable, y en los cielos el sol ya se ha ocultado por completo y se distinguen de nuevo las estrellas.

Todos entienden que es un presagio del fin de los tiempos, pues cada vez queda menos para la segunda venida de Cristo, cuando se cumplan mil años de su nacimiento; por eso hay muchos que piden confesión y reclaman a los obispos que les impongan las manos. Atemorizado, Alvar busca el resguardo de su hermano mayor, que intenta aparentar, sin conseguirlo, una serenidad impropia de quien aún no es todavía un hombre, y los dos hijos del conde Laín tienen que sorberse los mocos y contener como pueden las lágrimas, pues recuerdan ahora todas las advertencias de su madre, que se hacía eco de los sermones de los predicadores que últimamente recorren los caminos del reino.

En medio de esa insania, en el centro del real, protegido por las murallas de Simancas, ciudad antigua reconquistada hace cuarenta años por don Alfonso, permanecealzada la gran tienda carmesí de su nieto, el hoy rey don Ramiro, señor de León, Galicia y las Asturias. Allí ha reunido al más grande contingente cristiano que se recuerda para enfrentarse al ejército musulmán, comandado por el mismísimo califa, pero el prodigio ha desbaratado sus planes y también los de los ismaelitas, pues, al parecer, en su almofalla ha cundido igualmente el pánico. Por eso, del pabellón principal salen ahora los aliados del leonés, entre ellos su primo, el joven rey de Pamplona, varios condes y obispos gallegos, asturianos, leoneses y navarros, e incluso unos cuantos señores moros de la frontera, como el gobernador de Shantarin, hui-

do del sur después de que Abderramán lo despojara del gobierno de la cora y a su hermano de la cabeza.

Uno de esos próceres que abandona la real tienda es precisamente don Laín Díaz, conde de Aquilare y señor de Orede, que se dirige cabizbajo hacia su mesnada: hombres de las montañas de León que han bajado acompañando al magnate y a sus dos hijos mayores, Munio, el primogénito, y Alvar, de apenas quince años, a los que el miedo no se les va del cuerpo.

En poco se parecen los hermanos: el pequeño es más bajo pero más fornido, con el pelo moreno y rizado heredado de su madre, aunque los ojos, también oscuros, son, según le recuerdan siempre, «como los de don Purello», el fundador de la casa y abuelo del padre de su padre. La nariz es recta y grande, la tez refleja un mes de campaña y en la cara son ya patentes los primeros indicios de vello, aunque él y Munio son los dos únicos imberbes de la hueste de los de Aquilare, que hoy está compuesta por unos cincuenta soldados, la mayoría infantes, pero también una docena de jinetes que combaten según los nuevos usos traídos desde el reino de los francos.

Cuando meses atrás, a principios de primavera, las sajonas del rey remontaron el Esla hasta sus tierras e hicieron sonar las trompetas llamando al fonsado, Laín optó por mantener a un tercio de los suyos en su castillo, mientras que el resto de los hombres, uno por familia, se armó según su condición y dos semanas antes de San Juan bajaron de las montañas leonesas hacia la capital del reino para reunirse con el resto de las tropas y emprender camino hacia Simancas, adonde arribaron poco después de la festividad del apóstol Santiago. En ese paraje se encontraron con el gran ejército omeya del califa Abderramán que llegaba desde Qurtuba.

Allí están ahora miles de soldados cristianos venidos desde varios puntos de Spania, comandados por los reyes

Ramiro Ordóñez de León, segundo de este nombre, y por el navarro García Sánchez, atentos todos al sol, que realmente no ha desaparecido del todo porque ahora emite algo más de luz y hasta parece que por su parte superior vuelve a asomar su naturaleza.

Asiente distraído Alvar al mandato de ordenarse y rezar del conde y también el primogénito Munio, que, como suele hacer, se ha alejado de su hermano y busca la compañía de esos milites que combaten según los usos antiguos. En cambio, el segundo de los Laínez ha adoptado las costumbres de los francos, siguiendo las enseñanzas de su mentor, barba clara cerrada, ojos pequeños, pelo muy corto, un cuerpo lleno de cicatrices y de nombre Sigbert, al que en el caso de hablar –cosa rara en él, pues no es muy parlero– se notaría aún el acento de su tierra, Lotaringia. Desde allí llegó hace años a la corte del conde, al parecer huyendo de algunos problemas con la Iglesia, aspecto confuso, pues es sumamente piadoso.

Con buen tino y gran gasto, Laín tomó al lotaringio como protegido y encargó implantar entre parte de su tropa privada una nueva forma de batallar, ésa que usan los señores de Frankia y de Germania, y aquí, junto a las murallas de Simancas, son ya dos manos de jinetes pesados con un equipo similar: protegidos por yelmos, valiosas armaduras de anillas o de placas y escudos redondos, con grandes lanzas de fresno y espadas rectas. Sigbert trajo la suya de su tierra, una larga hoja acalanada de más de cuatro palmos, decorada con intrincados dibujos, una ancha guarda en forma de cruz y un pomo simple que a Alvar le recuerda algunos de los hongos que crecen en sus montañas cuando llegan las lluvias del otoño.

Pero lo que más llama la atención de estos milites son los caballos y sus aperos; las bestias son del tipo que llaman destrero, de doce manos de alzada, notablemente más altos

y pesados, más escasos y por lo tanto más costosos que las pequeñas y peludas bestias que utiliza la mayoría de la hueste cristiana, pues cada uno puede ser vendido en el mercado de León por cerca de cien sueldos o ser trocado por quince buenos bueyes. Los montan con unas nuevas sillas, más altas en la parte trasera que la jineta tradicional, lo que les hace aguantar tras la inercia del impacto. Tampoco se han extendido los estribos, dos soportes de pies a los lados de la montura y que dan mayor estabilidad al galopar y mayor fuerza al alzarse justo antes de golpear.

El ejército de don Ramiro ha cambiado los gritos de batalla por los himnos y los rezos mientras los obispos y diáconos se turnan para sostener en lo alto la sagrada cruz dorada que protege a las tropas, y para alegría de todos, desde el rey hasta el sirviente, el sol va reapareciendo poco a poco. El enjuto clérigo que encabezaba la procesión, con la misma sotana raída y sucia, y que sigue andando descalzo, ha resultado ser uno de los presbíteros del obispo de Segovia, de nombre Ilderredo. Según se ha encargado de gritar a los cuatro vientos, la desaparición del sol ha sido un castigo divino por los pecados de los hombres ahora que se acerca la parusía, y asegura, en parte, porque el rey se ha aliado en esta guerra con paganos y musulimes.

Entre la algarabía de magnates y gentes menores, en la hora tercia el astro termina de reaparecer, y en el campamento se recupera una cierta normalidad. Antes del siguiente amanecer, la fiesta de los Santos Niños, todo el ejército está ya en pie comprobando si el sol sale o no, y éste aparece e inicia su recorrido habitual y la jornada pasa sin más, mientras los cristianos de dentro y fuera de las murallas simanqueñas se preocupan de nuevo de sus quehaceres en tiempo de guerra, y más cuando el rey ordena a los suyos que se preparen, porque la batalla contra los agarenos tendrá lugar al día siguiente.

Las mañanas en el sur del reino de León son frescas, incluso ahora en verano, pero Alvar Laínez suda copiosamente bajo la cota de malla, sea por el jubón interior acolchado, por los gruesos guantes de cuero, por el almófar y la cofia, por el yelmo de acero con tiras laterales y protección nasal, o porque frente al ejército cristiano forma la más grande tropa mora reunida desde tiempos de don Rodrigo.

El espectáculo desde el cerro donde aguarda junto al resto de los hombres a caballo es muy diferente a lo que el joven caballero conoció en su primera experiencia militar, hace un año, en las tierras al norte de la desembocadura del Tajo. Lo de entonces fue una campaña de toma de botín, de saqueo y de pocas escaramuzas en las que unas veces morían unas decenas de un bando y otras, de otro. Esto, lo de este día de principios de agosto en la frontera meridional de la cristiandad hispana, es otra cosa; sobre la llanura hay cerca de cincuenta mil soldados, una proporción de dos a uno para los andalusíes.

Desde el cerro, el campo sobre el que se asientan los dos ejércitos se encuentra enmarcado por las murallas de Simancas al norte, el río Pisuerga al sur y esa pequeña loma al oeste sobre la que se encuentran Alvar, Sigbert y los otros jinetes de cada mesnada que combaten según los usos francos.

Son las mejores tropas de todos los reinos de Spania, menos las de los condes de la Marca, que no han acudido a la llamada. Montañeses con grandes hachas y recios jinetes pamploneses que han bajado junto a su rey García, infantes de la mesnada real leonesa armados con azagayas y escudos, valientes de las más antiguas familias de las Asturias, arqueros santarenses que rezan a su falso profeta, los siempre bravos gallegos vestidos de acero, esforzados bracarenses hechos a la guerra desde niños y ese importante contingente de jine-

tes pesados que mandará Assur Fernández y donde se juntan aportaciones de casi todos los nobles.

Alvar los divisa desde el altozano. Son los que forman decenas de miles de agarenos en torno a los estandartes blancos de Abderramán, que comanda personalmente a todas aquellas llegadas desde cada punto de al-Ándalus.

Mira de reojo a sus jinetes en formación, buscando en las curtidas caras y los concentrados ojos la tranquilidad que no encuentra dentro de sí, aunque intente aparentarla. Por ello también imita a Sigbert en sus gestos y acepta un licor que corre de mano en mano entre las filas, quemándole la garganta según lo traga, y palmea con suavidad el cuello de su poderoso destrero que pasta tranquilo, a pesar –o tal vez por eso– del inminente inicio de la contienda.

Dicen a su alrededor los veteranos que hay batallas en las que los ejércitos se pasan horas esperando uno frente al otro; cuentan que se pierden los nervios por aguantar la tensión. Pero ésta no es de éstas: ya empiezan a moverse las banderas del centro cristiano. Hacia el denso núcleo de los moros avanza con paso firme lo más granado de la tierra de León, comandados por los jóvenes príncipes Bermudo, de dieciséis años, y Ordoño, de apenas catorce, y junto con ellos el armígero real, tal vez el mejor guerrero de las huestes reales. El monarca aguarda detrás con tropas de apoyo, y junto a él estarán el señor de Orede y su hijo mayor, Munio.

Alvar los busca entre la densidad de las filas, aupándose sobre los estribos, pero no los distingue y, aunque intente disimularlo para evitar el reproche de Sigbert, es un manojito de nervios. Sí que cree ver cómo son los leoneses los que primero inician la carrera hacia los califales, supone que para evitar los daños de sus hábiles arqueros, y las primeras azagayas serán lanzadas, las puntas se clavarán y las espadas y las hachas se alzarán, hendiéndose en la carne enemiga. Los gritos de ánimo desde la colina solapan los ruidos del com-

bate y los lamentos. La lucha continúa durante un tiempo, pero parece que la línea cristiana pierde fuerza frente al empuje de la morisma; si la situación se mantiene así, las primeras filas leonesas se romperán, y el desorden puede ser fatal para los intereses de don Ramiro.

Sobre la loma, Alvar Laínez ve a Sigbert apuntar con la mano hacia la parte más lejana del campo de batalla, junto al Pisuerga, donde está el ala derecha andalusí, que ha empezado a avanzar para rodear a los cristianos. El joven no sabe aún de táctica, pero escucha al lotaringio decir que es una decisión precipitada, que el califa tenía decantada la batalla y que sólo había que esperar a que cediera el centro. Sin embargo, ante la sorpresa de todos, las tropas leonesas de ese flanco se retiran del campo sin presentar batalla, permitiendo el libre avance qurtubí. Tras la sorpresa inicial, surgen gritos de traición, y Alvar entiende lo que ocurre: ese costado lo ocupaban los shantarínies, aliados moros del rey de León, y los traicioneros infieles han debido llegar a algún acuerdo con Abderramán para abandonar a los cristianos. Por eso atacan, porque sabían que el rey García se encontraría solo y en inferioridad.

El propio don Ramiro debe haberse dado cuenta, pues, junto con los condes de Castilla y Cea, acude en auxilio del de Pamplona. La situación es crítica. Si los dos monarcas no soportan la carga, la causa está perdida, pero los reyes y las mesnadas condales aguantan bien y llegan a empujar a parte de los moros hacia el Pisuerga.

Mientras, a la loma oeste acaba de llegar uno de los mensajeros de don Ramiro con órdenes para los condes Diego Muñoz y Assur Fernández. Presto, el saldañés desciende a todo galope para apoyar al centro de las líneas cristianas, combado por el empuje de los sarracenos.

Justo cuando Diego Muñoz llega en auxilio del herebero, arriba en el cerro, Assur Fernández ordena cargar a los quinientos caballeros pesados de la hueste leonesa for-

mados en largas líneas al estilo franco. Al instante, los jinetes se afianzan con los estribos en las sillas, embrazan los escudos y sostienen las lanzas largas por debajo de su mitad. Los grandes destreros toman velocidad a medida que descienden por la loma.

Ya están sólo a quinientas varas. La tierra que sueltan los cascos de los caballos golpea en los que vienen detrás. Doscientas varas. Alvar distingue las caras de los primeros ismaelitas. La mayoría lleva lanzas cortas, armaduras de cuero y adargas redondas. Parece que la carga los ha pillado por sorpresa. Cincuenta varas. Ya ha elegido a su objetivo. Agarra firme el escudo y orienta el cuerpo para que toda la fuerza del galope se transmita a la lanza. Veinte varas. El andalusí es un tipo rechoncho, de barba, ojos y pelo negro, y va descalzo. Los primeros caballeros ya han roto contra la línea agarena. Diez varas. El moro, con los ojos inundados de pánico, se intenta proteger tras la adarga, pero es tarde. Alvar grita, levanta la lanza por encima de la cabeza y golpea. La recia punta de acero rompe las defensas de madera y cuero y se incrusta en la clavícula del infiel. El jinete también recibe el golpe a pesar de soltar el asta, pero la parte trasera de la silla de montar lo mantiene sobre el caballo. Desenfunda la espada y da un tajo en la cabeza a otro musulme mientras el destrero arrolla lo que se encuentra a su paso. La hoja baila de nuevo, y un brazo que todavía agarra un chuzo cae al suelo. Nota un escozor en la pierna derecha y corta a ciegas en esa dirección, pero no encuentra nada. De súbito, se da cuenta de que ya no tiene soldados enfrente. Ha sobrepasado la línea enemiga. Mira a derecha e izquierda y ve que a varias decenas de jinetes cristianos les ha pasado lo mismo. Y, por detrás, la segunda oleada leonesa está a punto de romper frente a los soldados llegados de las antiguas ciudades cristianas de Sevilla y Valencia.

El conde Assur está entre los que han cruzado, también Sigbert y algunos más de los de Aquilare. Son medio cente-

nar que dudan entre dar la vuelta y atacar por la espalda o continuar el avance hacia los musulmanes que se encuentran a dos centenares de varas.

—¡Cargad! —grita el de Ansúrez, tomando una decisión. O eso cree oír Alvar, que sólo ve al magnate avanzar al galope hacia las nuevas tropas que tienen a la vista.

Los caballos vuelven a hendir con los cascos el suelo de la llanura de Simancas y los milites embrazan otra vez las defensas y se preparan a usar las espadas o las lanzas, si las conservan. Frente a ellos hay unos trescientos hombres con brillantes cotas de malla, y extrañamente muchos de ellos de tez pálida y con cabellos pajizos. En el centro ondean varios grandes estandartes: uno inmaculado con letras árabes, otro ajedrezado y otro verde, con palabras bordadas. Uno de los jinetes junto a las banderas llama la atención de Alvar: es un hombre rubio de piernas cortas que monta un caballo totalmente blanco, vestido con ropas claras. Lo más raro de todo es que no va armado. En la silla de montar tiene un atril, y sobre él un lujoso libro. Está leyendo. Cuando se da cuenta de que cargan hacia ellos, mira extrañado a los leoneses, como si no fuera posible lo que ven sus ojos, pero los primeros caballeros cristianos ya han llegado hasta las líneas de los eslavos que forman la guardia personal del gran califa. Eso, que son mercenarios llegados a Qurtuba desde los reinos al norte de Constantinopla, lo sabrá después Alvar, y también que ese hombre que en medio de la batalla recita sin descanso las palabras de ese libro, un Alcorán, es el califa Abderramán, victorioso por Alá y comendador de los creyentes.

Cuando el joven Laínez mata a su primer eslavo no conoce nada de esto. Simplemente, ha roto la defensa del soldado con el caballo y, con la espada, ha degollado a un hombre. Los califales retroceden para proteger a su señor, tanto que la avanzada cristiana penetra en sus líneas y se combate a apenas una docena de varas del qurtubí, que observa horro-

rizado, con sus ojos claros muy abiertos, lo que ocurre a su alrededor. Alvar ha matado a otro agareno tras parar con el borde de hierro de su escudo el tajo de su hacha, aunque el golpetazo le deja el hombro dolorido. A su derecha hay lucha encarnizada; la guardia privada aguanta y los cristianos han perdido la ventaja de la carga. Y, a su izquierda, a apenas treinta pies de distancia, está el califa. Sin pensárselo, Alvar grita y espolea de nuevo al destbrero en dirección al mismísimo Abderramán. Parece que tiene camino franco hasta que un jinete moro se interpone. Sólo con mirar la gran calidad de la armadura y del caballo ruano, el hijo del conde de Aquilare sabe que está ante un noble andalusí; así lo demuestran el yelmo, el almófar, la loriga de placas, el broquel, el alfanje o las garniciones de su brioso alfaraz. Y es buen guerrero, pues, cuando empieza a descargar golpes sobre el joven caballero cristiano, éste no puede más que parapetarse tras el escudo e intentar colocarse en buena posición para contraatacar. Pero el árabe es habilidoso y hace bailar constantemente a su montura buscando por dónde romper la defensa del joven Laínez. El moro grita algo a sus compañeros, que aún protegen al califa. Éstos intercambian unas palabras con el omeya, que parece no querer hacer caso de sus consejos, pero al fin vuelve grupas y escapa del campo de batalla rodeado por su guardia privada. En su precipitada huida, el libro cae al suelo y se pierde entre las patas de los caballos, ante su horrorizada mirada.

El muslime sigue atacando, y uno de sus tajos, en vez de encontrar al leonés, halla la testa de su montura. El alfanjazo casi descabeza al destbrero y hace caer a Alvar, que impacta violentamente contra el suelo. Lo último que ve antes de perder el conocimiento, mientras el sonido metálico del yelmo repica en su cabeza, es la imagen borrosa de varios jinetes cristianos, entre ellos Sigbert. Blande un hacha y acude en su ayuda.

Capítulo 2

Verano, A. D. 939

Lo primero que nota Alvar al despertar, aún antes de abrir los ojos, es el fuerte olor: una mezcla de heces, sudor y vino. Eso y un dolor tremendo de cabeza. Despega los párpados casi con miedo. No se encuentra al aire libre, sino en una tienda que deja pasar tamizada la luz del sol. Está tumbado sobre un camastro de madera, siente los listones clavándose en la espalda, pero le han quitado los aperos de guerra y viste sólo una camisa larga. Con la mano se palpa la parte dolorida del cogote, y la encuentra vendada. Cuando recuerda el lance, se incorpora con rapidez, tanta que termina por marearse, aunque al final consigue sentarse sobre el borde de la camilla. Tiene la boca pastosa y mucha sed. Para su tranquilidad, entonces reconoce el interior de la tienda de los Laínez. De inmediato, aparece Yaffer, un esclavo moro capturado por su padre hace años cerca de Magerit.

–Mío sidi, ¿está bien? No se levante, tome un poco de esta tisana –pide, acercándole un vaso de madera mientras comprueba el vendaje. La bebida tiene un gusto amargo, pero quita la sed.

–¿Qué ha pasado? –pregunta Alvar con dificultades para articular palabra.

El hombre, bajito, con una poblada barba oscura pero de piel clara, le explica que el día anterior por la tarde lo

trajeron inconsciente a la tienda de los de Orede. Oyó que un alarife lo había tirado del caballo y habría acabado con él de no ser por el auxilio de Sigbert y otros de los hombres de los Laínez. El lotaringio terminó incrustando un hacha en la espalda del moro, un tal Aben Ahmed, según el esclavo, uno de los grandes capitanes de la hueste ismaelita. Luego lo remató en el suelo.

–El califa, que Alá, el clemente, el misericordioso proteja –murmura Yaffer–, logró escapar, pero el botín de prisioneros es notable, tanto en cantidad como en calidad, y cientos se dirigen ya hacia León cargados de cadenas, entre ellos, el más valioso, el caíd de Saraqusta, capturado tras un tropiezo de su caballo. No corrieron tanta suerte medio centenar de capitanes andalusíes. El rey los mandó decapitar allí mismo en venganza por la ejecución de varios nobles leoneses meses atrás en la almunia de La Noria, junto a Qurtuba.

–¿Y mi padre y mi hermano? –apremia Alvar.

–Están bien. Pasaron parte de la tarde de ayer saqueando el campamento musulmán, pero ya han vuelto y lo están celebrando –contesta el esclavo.

–¿Y la batalla?

El moro se encoge de hombros y asegura que no sabe, que las tropas del califa están volviendo al sur, pasando por Zamora, dejando miles de muertos en Simancas. Lo que es seguro, señala el esclavo, es que el rey Ramiro ha regresado entre los gritos de victoria de los suyos.

–Esta vez ganamos nosotros –bromea finalmente el cristiano, y el siervo sabe bien a qué se refiere: no a la guerra que se combate sobre los campos recién segados, con reyes, obispos, caballeros y peones, sino la librada sobre una tela ajedrezada, con pequeñas piezas de cuarzo que representan a carros o elefantes.

Siendo Alvar un niño, Yaffer le enseñó las reglas del al-Shatranj, divertimento habitual entre los musulimes, judíos y

mozárabes en tierra cristiana, tan extendida que hasta el obispo Genadio de Astorga tiene fama de buen jugador.

Con la cabeza aún latiéndole con fuerza, Alvar se apoya en el esclavo para levantarse. Nota molestias en el cuello, como siempre tras portar el pesado yelmo, y también en la pierna derecha, que tiene igualmente vendada, pero da los primeros pasos y pide unas botas, una túnica y un manto. Cuando abandona la tienda de campaña percibe con claridad el jolgorio de las celebraciones que tienen lugar dentro y fuera de las murallas de Simancas. Busca un lugar donde orinar y, entonces, escucha a sus espaldas la voz conocida de su padre.

—Esa cabeza dura de tu madre nos tenía que servir para algo, ¿no?

El segundo de los Laínez sonrío cuando abraza al conde, y tras él camina por entre los pabellones escuchando los pormenores de la batalla. Don Laín rememora los mejores lances del combate en el núcleo más duro de la lid, pues, en los flancos, los ismaelitas habían presentado, «extrañamente», poca resistencia. Habla de cómo el rey abatió una docena de moros y de cómo él mismo y su hermano protegieron su costado durante gran parte de la contienda, y también de cómo el estandarte del califa huyó del campo de batalla. Todos los moros volvieron grupas e intentaron escapar por el río, en una zona con varias zanjas de riego; allí fueron cazados por pamploneses y leoneses. Luego la sed de sangre los empujó a encontrarse con los carros de abastecimiento y las tiendas del campamento andalusí. El saqueo sació sus ansias, y retornaron a Simancas cargados de telas preciosas, joyas y caballos.

—El rey nos felicitó personalmente, a Munio y a mí —admite orgulloso el conde Laín—, pero nada habría ocurrido si los jinetes no hubieseis hecho huir al califa.

Entre el mareo por el golpe en la cabeza y el del vino que trasiegan de una bota que pasa de mano en mano, Alvar

cree entender que el monarca los ha convocado a un nuevo encuentro. Inusualmente, no será en el pabellón real, sino en el del conde Assur.

—Tal vez obtengamos nuevas tierras por nuestro buen servicio —confiesa el conde para ilusión del hijo. Al segundo de los Laínez siempre le han preocupado estas cuestiones, también porque su padre ha dejado claro, como ocurrió siempre en su familia, que sus dominios serán íntegros para el primogénito, Munio, y, por lo tanto, Alvar y sus hermanos deberán buscarse su futuro lejos de Orede. En el caso de obtener nuevas tierras, éstas sí que podrían repartirse entre ellos.

Cruzándose con hombres borrachos o con putas o jugándose el botín a las tabas, o las tres cosas a la vez, llegan a la tienda de los Ansúrez. A la entrada, un grupo de lanceros y arqueros de la guardia personal del monarca se aparta para franquearles el paso. Cuando se acostumbran los ojos a la penumbra del interior, distingue apenas a una docena de personas: el propio don Ramiro con una copa en la mano, sentado en una silla de tijera, charla con los príncipes Bermudo y Ordoño. Los tres están de buen ánimo. Contrastan sus sonrisas y gestos con la cara de asco del presbítero de Segovia, que viste la misma sucia sotana con la que encabezó la procesión; cuchichea algo al oído de Ordoño y mira con desprecio al grupo que acaba de entrar. El armígero real, a la izquierda del rey, sostiene la espada del monarca; también se halla el conde Assur, como anfitrión, y, algo alejado y para sorpresa de Alvar, Sigbert, que sonrío con franqueza. Le extraña que no hayan acudido allí el rey de Pamplona u otros magnates leoneses u obispos. Más apartados se encuentran tres hombres: dos son jóvenes monjes que acatan la regla de San Benito, que cada vez tiene más seguidores, y el otro parece un noble. La fíbula enjoyada que sujeta su manto sobre el hombro derecho puede costar veinte sueldos.

Los Laínez se inclinan y ofrecen las manos al rey. Los dedos reales son finos, las uñas negras y en el anular destaca un aro de oro con una cruz grabada.

Don Ramiro pregunta al señor de Orede si éste es su hijo, «el que estuvo a punto de alcanzar a Abderramán», a lo que don Laín responde afirmativamente con orgullo, con lo que en los ojos y la media sonrisa del monarca Alvar encuentra una pizca de disgusto por la oportunidad perdida.

–Gracias a Dios Nos hemos conseguido una gran victoria sobre los infieles. Los prodigios en el cielo de los últimos días han sido presagios de este triunfo –prosigue–, pero... –el rey calla otra vez y mira a los frailes–, pero su derrota no ha sido completa. –Carraspea–. Por eso Nos debemos intentar... otros caminos para resguardarnos de los que nos odian. –Vuelve a fijarse en los monjes–. El obispo Rosendo ha descubierto algo.

El prelado se adelanta, y resulta que no es uno de los religiosos, como pensaba Alvar, sino el noble de la rica familia. Rondará los treinta años y se nota que es de buena familia. Tiene todos los dientes, el cabello y la barba cuidados y parece sano. Cuando habla, su acento demuestra que es de origen gallego.

–Mi glorioso señor, como bien sabe, llevo años reafirmando la verdadera fe en las tierras de mis padres –empieza el mitrado de San Martiño de Mondoñedo, primo del propio rey. Y cuenta que, mientras buscaban documentación para la fundación del monasterio de San Salvador de Celanova, se halló una carta escrita por el rey don Alfonso, el abuelo de don Ramiro, destinada al obispo de Orense, en la que el monarca recopilaba los hechos de la historia de Spania, pero lo que llamó la atención en la crónica fue una frase perdida en la narración del tiempo del rey don Ramiro, no éste, sino el anterior con el mismo nombre, hace casi cien años. «Propter huius absentiam accidit ut Nepotianus pala-

tii comes regnum sibi tyrannice usurpasset» –recita de memoria, y explica la rebelión del conde palatino Nepociano y cómo venció el monarca en el río Narcea. Rosendo se detiene para tomar aire–: Y al parecer lo derrotó –continúa–, porque el usurpador no pudo dar con el «símbolo antiguo que otorga el poder de la victoria», lo que provocó la desertión de sus aliados astures y vascones.

El rey se remueve intranquilo en la silla. En la tienda sólo se oyen las moscas. Don Ramiro se pone de pie y pasea por la estancia captando la atención de todos.

–Eso es lo que Nos queremos encontrar.

La situación del reino es insostenible, cada verano los moros cruzan el Duero y saquean el territorio y, a pesar de que los leoneses se aplican igualmente con buen tino en eso de las razias en al-Ándalus, hay comarcas que no se terminan de recuperar entre cada campaña musulmana. A eso se unen los desmanes internos de condes levantiscos y rebeldes como los de Castilla, Saldaña y, «otrora», remarca el rey, que, en su paseo, se ha detenido junto al aludido, «el propio Assur Fernández». El citado baja la cabeza, sumiso, y don Laín, siempre fiel a Ramiro, sonrío a medias.

–Nos queremos acabar definitivamente con los agarenos y necesitamos el objeto que temía tanto nuestro antepasado.

Mientras el rey sigue con su plática, Alvar Laínez lo mira todo y a todos con ojos muy abiertos. Siente estar dentro de uno de esos cantares de tesoros, anjanas, tragus y cuélebres aladas que narran las mujeres cuando, en las noches de invierno, se reúnen a hilar a la luz de la lumbre.

–Por eso Nos proveemos –sigue el discurso real– que el monje Julián se encargue de buscar en las crónicas más datos de ese símbolo, y para ello contará con la protección del caballero Sigbert de Lotaringia y del hijo de nuestro fiel conde de Aquilare... –El rey duda, y al momento el armíge-

ro se acerca a su oído y susurra algo—. El hijo del conde de Aquilare, Alvar Laínez —concluye don Ramiro.

El joven levanta sorprendido la vista y se encuentra con los ojos reales fijos en él. Es una mirada serena.

—Don Rosendo os dará más datos —asegura el monarca y, con esto, da por concluida la audiencia y es el primero en abandonar la tienda.

* * *

Días después, el rey y una parte del ejército regresan al norte, mientras el resto se unirá al acoso a la hueste del califa que en su huida acaba de atacar Zamora. Las gentes de Aquilare vuelven a casa. Lo hacen después de sumarse a la vieja calzada romana que aún tiene tramos buenos entre Marida y Astorga, mucho mejores de los de sus montañas del norte. Los cascos de los cientos de caballos resuenan al golpear los cantos de la vía, y en la cabeza de Alvar sigue martilleando la encomienda del rey y lo que después se habló en la tienda de los de Ansúrez. El obispo Rosendo parecía tener claro que ese objeto es una «reliquia de poder» que hará invencible a quien la posea, y eso es lo que tendrá que buscar el monje Julián. El joven no ha terminado de entender lo que significa hallar más «indicia», como los ha llamado el fraile, pero de momento deberán reunirse todos en León.

Sobre el tema de la escolta, el rey busca proteger al religioso, pues sospecha que, a muchos, desde el califa hasta a algunos condes, no les interesa que el objeto llegue a sus manos, y además hay caminos del reino que son tan peligrosos como un campo de batalla.

Durante lo que resta de viaje hasta la urbe regia, Alvar preguntará en repetidas ocasiones a su padre y a Sigbert sobre la encomienda y si lo que buscan será la espada de don Pelayo o una reliquia de algún santo o del propio Cristo, y

quiere saber «por qué él y no su hermano Munio» para este mandado, a lo que don Laín sí contesta:

–El heredero de la casa tiene que estar a otros menesteres –explica.

Pero al primogénito, y así se deduce del gesto hosco que luce, parece no agradarle demasiado la situación, y se pasa parte del viaje sin hablarle, como cuando de pequeños se peleaban por tal o cual cosa.

Cientos de leoneses, jinetes, infantes, sirvientes o esclavos los preceden con el eco de la victoria sobre Abderramán, aunque la crónica de la batalla va cambiando poco a poco: ahora son ya cien mil los moros presentes y ochenta mil los muertos. Tal vez por eso los campesinos, olvidadas sus penurias diarias, salen a recibirlos entusiasmados a las lindes de la calzada, y a pesar de su pobreza les regalan acá un queso y allá una gallina. Día tras día, el paisaje va cambiando; cada vez se ven más tierras cultivadas y nuevas aldeas de adobe con castros en los cerros. Al poco, a lo lejos, aparecerán las altas murallas de León.

Antes de llegar a la capital, Alvar y Sigbert cabalgan algo alejados del grupo de los de Aquilare. La conversación al final ha devenido en los orígenes del lotaringio, su familia, su pueblo..., pero el joven sólo consigue respuestas vagas. Una vez creyó escuchar a su padre que su huida tuvo que ver con la muerte de un monje, y así se lo pregunta, pero no hay contestación, y la incomodidad crece cuando aparece el tema de sus padres y hermanos.

–¿Cómo se llaman?

No responde, fija su mirada en el camino y continúa cabalgando. La tensión del momento la rompe por sorpresa Ilderado, uno de los consejeros del príncipe Ordoño, que se acerca montado en una mula baya.

–Volvemos cantando, como en el salmo –comenta con una falsa sonrisa. Sigue vestido con la sotana parda llena de

manchas, el pelo ralo deja ver algunas costras y tiene babas secas acumuladas en la comisura de los labios. Como ninguno de sus nuevos acompañantes dice nada, el religioso continúa—: Vivir en el temor a Dios es lo que nos llevará a la victoria final, no los amuletos mágicos; y si fuera una reliquia, es labor de la Iglesia utilizarla. Estamos a las puertas de que se cumplan mil años del nacimiento de Cristo y será el momento de que se pesen nuestros actos en la balanza. Se separarán los fieles de los malos, y los primeros entrarán en el reino de Dios. Sus almas y sus cuerpos descansarán allí y nunca más morirán.

A Alvar la cercanía de la segunda venida de Nuestro Señor le cincha el corazón; no en vano, según algunos monjes y predicadores, quedan sesenta años para que acabe el mundo. Sigbert se fija en el presbítero por primera vez, con una mirada cargada de intenso odio. Ilderredo no se amilana.

—El rey, mal aconsejado, quiere acometer esta búsqueda en vez de poner sus esperanzas en la penitencia, el ayuno y la oración, como defiende san Agustín.

El lotaringio mantiene los duros ojos anclados en el religioso, que ahora, incómodo, desvía al suelo la vista y lanza su oferta:

—Si vosotros hicieseis fracasar la misión —titubea—, seríamos muy generosos, y el mismo príncipe don Ordoño no se olvidaría de este servicio si ocupa algún trono.

El veterano, molesto, detiene su caballo, y Alvar lo imita.

—Yo sólo obedezco a mi señor y al rey —sentencia con su fuerte acento.

Ilderredo se ha parado junto a ellos.

—El príncipe os puede conceder alguna mandación y tierras, joyas o esclavos.

Varios grupos de jinetes los adelantan por el camino.

—Yo sólo obedezco a mi señor y al rey —repite Sigbert. El gesto del presbítero cambia, ya no sonrío.

–Con esta actitud os crearéis enemigos en este reino y en el otro –advierte, levantando la voz–. Todo por hacer caso a un obispucho gallego y a un rey loco.

Ahora es Alvar el que se revuelve fuera de sí. Espolea su montura y carga contra la mula del mitrado, que, asustada, da un par de manotazos y desequilibra a su jinete, quien termina rodando por los suelos. El animal sale huyendo, el religioso se levanta como puede y agarra al joven Laínez por el manto de montar.

–Chiquillo de mierda..., pagarás por esto.

Pero Sigbert ya ha llegado a su altura, y a Ilderedo no le queda más remedio que soltar al de Aquilare y apartarse de los dos caballos, que inician el trote hacia León.

–Gerberga. Mi madre se llamaba Gerberga –dice secamente Sigbert cuando se han alejado ya un centenar de pasos.

* * *

La llegada a la urbe regia es triunfal. Antes de alcanzar la puerta del Arco ya hay cientos de personas congregadas a lo largo de la vía celebrando la victoria. La entrada sur es un alto portón de medio punto, abierto entre las gruesas murallas y los sólidos torreones, y bajo él cabalga don Ramiro, todo seda y joyas, precedido por un diácono que porta la sagrada cruz dorada, pisando la alfombra de ramas y flores que cubre las viejas losas de piedra y las calles de barro. Los leoneses adoran a su rey y lo continúan vitoreando cuando ya ha entrado en el nuevo palacio real, aún a medio terminar.

Sólo los magnates, obispos y abades acompañan al monarca por la ciudad, desbordada con el regreso del ejército que llenará de tiendas cada palmo de terreno dentro y fuera de los antiguos muros. En el desfile también participan los de Aquilare, que han descabalgado y llevan sus monturas por las riendas con destino a la casa de su buen amigo el con-

de Assur Fernández, donde se alojarán hasta que regresen a Orede. El jolgorio se derrama por la urbe y, mientras caminan hacia el palacio, don Laín se ha hecho con un odre de un vino rasposo que le sabe a gloria. Alejándose del tumulto, caminan por las calles, empedradas las menos y embarradas las más, sorteando los basureros, los huertos y las ruinas antiguas y recientes, hasta que llegan a la corte de los Ansúrez, donde sólo un viejo medio ciego los atiende.

–El resto ha ido a la fiesta –se disculpa desde una boca desdentada.

Y, como los sirvientes de los de Orede no han entrado en la ciudad, tienen que ser el propio conde, sus hijos y el lotaringio los que se ocupen, para indignación de Munio, de las monturas. Luego caen rendidos en unos incómodos camastros.

* * *

Los cielos matutinos sobre la ciudad de León siguen cubiertos y, dentro de la nueva catedral de Santa María, a la débil luz que entra por las ventanas arqueadas le cuesta traspasar otras nubes, éstas de incienso, que revisten el templo abarrotado por los fieles. Varios obispos offician, ocultos al otro lado del iconostasio.

Cuando empieza el canto del *Sancta Sanctis*, Alvar se sorprende de la homilía del prelado de León.

–La victoria de nuestro glorioso rey es obra del Señor. Él nos mandó las señales del cielo e hizo –Oveco Núñez tomó aire– que se aparecieran en la batalla los santos Millán y Santiago para ayudar a nuestros soldados.

Alvar se gira hacia su padre cuando el obispo se refiere al, hasta ahora, desconocido milagro, pero el conde se encoge de hombros. El rey, que está arrodillado, mira devotamente hacia el techo, murmurando unas palabras.

Tras el «Solemnia completa sunt» y el «Deo gratias», los magnates salen a la plaza que se abre junto a la catedral. Allí, rodeados por sus séquitos, muchos aguardan para encontrarse con el monarca y rogarle una merced, o pactan matrimonios o ventas entre familiares, aliados, amigos, vecinos... Las conversaciones se sazonan con anécdotas de Simancas y de la persecución de las tropas del califa, el precio de tal caballo o de cual espada y las previsiones de cómo será la cosecha este año. Uno de esos corrillos, algo apartado, junto a una ruinoso puerta en la muralla, lo forman el obispo Rosendo, el joven monje Julián, Sigbert y Alvar.

–Lo primero que debéis hacer es acudir a alguno de los buenos monasterios que tenemos en el alfoz de León, como Abellar, Peñalba, Valeránica o Tábara –explica el gallego, que viste como el noble que es: túnica corta verde, sin calzas, y un manto carmesí cerrado con una fíbula argéntea–. Vosotros empezad por el cenobio tabarense, allí los monjes iluminadores tienen contacto con todas las comunidades de los territorios cristianos de Spania, hasta los de más allá de los montes Pirineos. El buen Maius sabrá a quién debéis preguntar.

Julián asiente. Ya conoce, asegura, a los freires de Tábara y al propio citado, uno de los mejores maestros pintores.

–Recordad –don Rosendo se dirige ahora a los milites–. las amenazas pueden venir desde muchos frentes; hay que proteger al monje de todo y de todos. Tened especial cuidado con los más cercanos –susurra–. Lo mejor será que os citéis en León para principios de la próxima primavera y empezar entonces las pesquisas. No hace falta que os recuerde lo importante que es esto para el rey.

Todos asienten, y el obispo se aleja para reunirse con algunos condes gallegos. En ésas, el joven fraile mozárabe, el veterano soldado de Lotaringia y el hijo de un conde leonés se han quedado por primera vez solos desde que don

Ramiro les encomendó la misión en una tienda de campaña, cabe las murallas de Simancas. El monje, que lleva el típico hábito negro y un sencillo escapulario, se mueve incómodo, pero a Alvar le cae simpático; cuando habla, se retuerce nervioso las manos y no para de mirar al suelo. A veces sonrío mientras explica que hasta la próxima Pascua debe permanecer en su monasterio, el de los santos Justo y Pastor en Ardón, aguas abajo junto al río Esla. El motivo no lo entienden del todo los soldados, es algo que tiene que ver con lo que el freire llama «*conversatio morum*» y «prepararse para la misión que les espera».

Se citarán dos domingos antes de Pentecostés en la casa del conde Assur Fernández. Alvar concluye, taciturno, que no puede ser casualidad que el rey haya encomendado la misión a un monje que profesa en un cenobio bajo la advocación de los santos niños mártires, cuya festividad coincidió, precisamente, con la batalla junto a Simancas.

A pesar de estar sumido en estos pensamientos, se da cuenta de que los observan desde el atrio de entrada a la catedral. Son el príncipe don Ordoño, el presbítero Ilderedo y algunos nobles; uno de ellos, Eita Gundesíndiz, que, con un pañuelo, se tapa un ojo perdido en Simancas, y junto a él un extraño hombre. Es bajito, fuerte y muy rubio, con el pelo casi blanco. Una fea cicatriz le cruza la cara y lleva un grueso aro de oro en la oreja derecha. Mira atentamente hacia ellos, apoyándose en una de las columnas mientras el presbítero explica algo. El tipo asiente con malicia. El joven Laínez se siente incómodo.

Los de Aquilare enfilan la ancha calle que lleva a poniente cuando alguien choca con ellos. Es una niña de pocos años de edad que ha huido de los brazos de su aya, quien se acerca maldiciendo. La pequeña se ha dado de bruces con las piernas del hijo del señor de Orede. Con el golpe, se ha caído de culo y mira desde el suelo al joven soldado. En vez

de ponerse a llorar, se ríe a carcajadas. Tiene el pelo negro, muy oscuro, lo mismo que los ojos. Alvar la ayuda a levantarse, justo cuando la nodriza llega hasta ellos refunfuñando.

–Alteza, por Dios, no me dé estos sustos. Vamos, su padre está aguardando.

Las dos se van cogidas de la mano en dirección al corrillo donde se encuentra el propio rey, que, cuando ve llegar a la niña, muda el semblante serio y sonrío.

–¡Mi pequeña Elvira! –exclama, mientras la princesa ejecuta una delicada reverencia que hace carcajear a don Ramiro y, al punto, a los que lo rodean.

El rey de León alza a su hija menor y le planta un sonoro beso en la frente.